

Amadísimos hermanos

Hemos hablado en días pasados de la naturaleza y efectos de la oración. Hemos visto que todos los efectos maravillosos de la oración culminan en aquello que con una frase lapidaria, cuyo eco debía vibrar constantemente en nuestros oídos, dice el gran taumaturgo y apóstol moderno S. Alfonso M. Ligorio: el que ora se salva y el que no ora se condena. Al fin y al cabo no dice más que lo que dice el Evangelio y confirma nuestra propia experiencia, pues aun cuando no seamos testigos presenciales del número de almas que acen en el infierno, vemos y experimentamos en nosotros mismos cómo andan las cosas y hasta donde pueden llegar si dejamos de pensar y temer a Dios.

Nos queda por saber qué condiciones tiene que revestir la oración para que merezca ser escuchada por Dios, para que pueda producir todos esos efectos maravillosos de que hemos hablado y nadie nos enseñará mejor esta lección que Jesucristo mismo. Por eso vamos a recurrir a las fuentes de su pensamiento, al Evangelio y recordemos brevemente una escena real, no una parábola del mismo Evangelio. Jesucristo había regresado de Judea y se encontraba en Galilea, pero por lo visto le seguía un enebro fútil de fariseos o tal vez se encontraba cansado y necesitaba descanso. La cosa es que por primera vez en su vida fuera de su huida a Egipto, sale de los confines de su patria y penetra en la Fenicia. Se dirige a Tiro. Esa comarca estaba poblada por los primitivos habitantes de Palestina, o sea los cananeos que al regreso de los hebreos de Egipto quedaron desplazados a esa región. Por tanto eran extranjeros. Pero por lo visto había cundido la fama de Cristo por aquellas latitudes y pronto fue descubierto. La primera en descubrirle es una mujer, a la que S. Lucas le llama siro-fenicia y S. Marcos Cananea. Jesús iba seguido de sus discípulos y al verla esta mujer que había oído hablar de sus milagros se lanza detrás de Él gritando y suplicando Señor Hijo de David ten piedad de mí: mi hijita está atormentada por el demonio. Jesús sin hacerle caso sigue adelante. La mujer no cesa de clamar y pedir hasta que Jesús penetra en una casa y los mismos apóstoles para evitar aquella publicidad y aquel espectáculo le invitan a Jesús a que le despache, pero concediendo lo que le pide. Jesús les responde que Él solo ha sido enviado para las ovejas descarriadas de la casa de Israel, dando a entender que su misión personal e inmediata debía reducirse al pueblo escogido y que los pueblos paganos en su día serían invitados y evangelizados por otros.

La mujer interviene no obstante la negativa de Jesús a la misma instancia de sus discípulos y le dice: Señor, también los perritos participan y comen de las migajas que caen de la mesa del Señor. En eso ya no puede resistirse su corazón y después de admirar y ponderar su fé le dice: Mujer, hagase según tu deseo. Así es como se rinde Dios a la fuerza de la oración.

Aquí tenemos muy bien expuestas las condiciones de que debe revestirse nuestra oración para que siempre sea escuchada por Dios y merezca la respuesta divina.

La primera condición es la atención... atención a aquel que se dirige y a aquello que se dice. Aquella cananea no se fija en que llama la atención... en que está dando un espectáculo. Para ella no existe nada más que Jesús y su hija enferma.

Una carta para llegar a su término necesita dirección y una oración para que pueda llegar a Dios hace falta que se haga con atención. Cuantase que existen unos molinos en la India, para rezar. Colocan en esos molinos que dan vueltas unos rollos y así dicen que oran algunos

Amadísimos hermanos, sobre todo hombres que me escucháis, no desdénemos la oración, reservemos una rato para poder tratar y conversar íntimamente con nuestro Dios desahogándonos con él, agradeciéndole los beneficios que recibimos, suplicando el perdón sincero de nuestras faltas y pecados, pidiéndole auxilio para nuestras necesidades. No es tiempo perdido el que empleamos en la oración, antes bien es en la misma en la que necesitamos recobrar toda la tensión del espíritu y toda la firmeza de nuestra alma para poder sobrellevar tantas dificultades y calamidades como nos amenazan en la vida.

Decía Kempis que cada vez y cuanto más trataba con hombres se volvía menos hombre. Qué verdad es esto. Los ejemplos de egoísmo, ambición, soberbia, el contagio de sentimientos bajos, pobres, las miras rastreras, etc., que no podemos menos de sorprendernos unos en otros siempre que nos conocemos y nos tratamos ofrecen a nuestras pasiones ambiente propicio para desarrollarse. Las propias pasiones nos impulsarán, pero el ambiente que encontramos en el trato con los demás, el ver igual o peor condición en los demás acaba por hundirnos, por arrastarnos definitivamente. Por eso está bien dicho, lo sabemos nosotros mismos... cuando nos tratamos con hombres y cuando solo tratamos con Dios no somos capaces de elevarnos por encima de las propias pasiones... Necesitamos de Dios, necesitamos unirnos a Dios y encontrar en él la recompensa de nuestros sacrificios al mismo tiempo que el estímulo para una vida de virtud, para una vida de honradez, lealtad, cumplimiento del deber. Oremos en Dios más veces que respiramos... evitemos de esta forma la exfixia espiritual que sobreviene fatalmente cuando dejamos de respirar sobrenaturalmente.

Hagamos honor a nuestra condición y compromisos de cristiano...

Penso... han foratit la vida a través... mediante el cumplimiento del deber.

"Sis autem per unum mundum, quoniam per obedienciam."

Le primus... implere ut per la recompensa... per Deus...

Il comia l'home i que pagaria en el moment de la mort, i no en la vida.